

La realidad decepcionada y sus oxímoron

*Discurso de recepción de la distinción de Docente Honorario
de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos
al Doctor Jesús María de Miguel Calvo¹*

Recibido: 15 - 12 - 23

Aceptado: 24 - 06 - 24

Publicado: 30 - 06 - 24

Un buen amigo, el coronel Sánchez, recientemente me hizo notar la importancia de sentirse un soldado de Roma más que un pretoriano. Por lo tanto, y con todo el respeto a las autoridades, quiero comenzar agradeciendo el honor de estar aquí a la propia institución, a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Como se ha hecho notar en las palabras de bienvenida a este acto, *la institución son las personas*. Por lo tanto, agradezco a todo el personal docente e investigador, de administración y servicios, a los estudiantes que, desde 1551, han recorrido la Universidad y han conseguido que sea lo que hoy es: una gran universidad.

Dicho esto, les presento el discurso titulado: “La realidad decepcionada y sus oxímoron.”

Perú deja huella, se anida en la consciencia del viajero. Lima y su prestigiosa Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la decana de América, transitan con orgullo entre las mariposas del alma (así se refería Ramón y Cajal a las neuronas) dejando su impronta en recuerdos que nunca llegan a complacer, pues el viajero no desea otra cosa que seguir siéndolo. Volver a Perú, más aún si se trata de una situación tan especial como ésta, es una experiencia que escapa a una sola dimensión. A veces, un viaje en la dimensión espacial se torna en un viaje en la dimensión temporal y un viaje en la dimensión temporal en un viaje en la dimensión de los recuerdos (los recuerdos, esa dimensión que dota de vida psicológica a la realidad que en un momento fue objetiva).

¹ Universidad Autónoma de Madrid, Centro de Investigación para la Efectividad Organizacional, Talento UAM, España.
E-mail: jesus.demiguel@uam.es ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1631-7670>

Recordando

Un día como hoy, el 15 de diciembre de 1984, era sábado y yo, por esos días, un joven inquieto anclado de lunes a viernes en un pupitre de un aula de la Escuela de Magisterio de Segovia; y de sábado a domingo un afamado trabajador en cualquier clase de oficio que permitiera llevar unas pesetas a casa. De lunes a viernes, mientras mis oídos se mantenían atentos a las enseñanzas del profesorado, mis ojos se distraían contemplando serenamente la Iglesia de San Juan de los Caballeros, accesible gracias a los grandes ventanales del recinto. Recuerdo que, en algún momento de ese tiempo, una observación del profesor de Didáctica de las ciencias logró que mis oídos y mis ojos se enfocaran en la misma dirección. Una observación que acompañó de varios lunes a domingos mis elucubraciones mentales sobre la realidad..., y la vida. Nos vino a advertir de la inteligencia intrínseca a ciertas creencias de ciertas poblaciones que decretaban el estatus divino del Sol. Si el Sol es fuente de luz y calor, es fuente de vida, decía. Si la vida es posible gracias a su existencia y protección, entonces el Sol es digno de respeto, estimación o veneración, cualidades que definen a lo sagrado. Una razón más que contundente para elevar al astro rey a la categoría de deidad.

Tuvieron que pasar 18 años para descubrir que ese dios tenía nombre, Inti; descubrir que Inti tenía hermanas, Mama Quilla y Pachamama; madre, Mama Cocha; y padre, Viracocha. Descubrir que Viracocha, creador de todas las cosas, emergió del lago Titicaca y su esencia integraba en plenitud los contrarios.

Lejos de mitos y leyendas, el impacto de estas historias no dejó de seducirme en cuanto de la forma más sencilla ponía en tela de juicio el -hasta entonces- axioma aristotélico del ser o no ser, el principio de no contradicción. Fragmentaba la única forma de acercarse a la realidad que había conocido, aquella heredada de los clásicos griegos: la realidad de la razón, la lógica como única forma de razonamiento. ¿Podría una esencia estar compuesta de lo que se es y su contrario, de los que no se es y su opuesto contradictorio? ¿Podría ser un oxímoron la esencia de lo real?

Siendo así, es fácil de entender que, al otorgarme la distinción de profesor honorario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, estaban al mismo tiempo predisponiendo el tema que les presento. Y me estaban dando la ocasión de expresar, por un lado, mi profundo sentimiento de admiración por la sabiduría que habita en estas tierras, la de sus gentes, la del valor del mestizaje encarnada en el Inca Garcilaso; la belleza de las imágenes recreadoras de vida de Martín Chambí, él mismo lo decía: mi gente habla a través de mis fotografías; o la del compromiso con los pueblos indígenas de la Amazonía de Pedro García Hierro e Irma Tuesta (Chinita), su compañera del alma aquí presente. Por el otro, mi agradecimiento a quienes han hecho que sienta Perú como mi hogar y a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos como mi Universidad: Alejandro Loli, Lucho Vicuña,

Héctor Hernández a Juan Carlos Rivera, docentes de la Facultad de Psicología; así como a Manuel Burga y Orestes Cachay, los rectores que me acogieron. Como no, a Mildred Paredes, con quien he recorrido lugares que difícilmente podrían encontrarse en la memoria de quienes no pertenecen a ese lugar. De Mildred nació esta idea y Mildred hechizó mi consciencia para aceptar el reto que supone dirigirme a ustedes con este relato. Un relato sobre la construcción de la realidad y la vida social. Una realidad con sentido, aunque puede, a veces, resultar decepcionada y decepcionante. Una realidad explicada desde la perspectiva de una Psicología Social que juega con otras disciplinas del comportamiento abriendo puentes entre postulados enfrentados para generar un tercer concepto, una explicación alternativa, un oxímoron. Eso sí, lo quiero hacer desde el respeto, la prudencia, la humildad... y la discreción. Me lo sugiere la sabiduría del loco a quien Cervantes dio voz, *El Quijote: El andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos.*

Control y cultura. Una realidad con sentido

Una realidad decepcionada es una construcción social víctima del engaño. En la realidad decepcionada las personas experimentan un profundo pesar por un desengaño. El desengaño es fruto de la incapacidad de la realidad para satisfacer el estado de bienestar deseado, ilusionado o prometido. La falta de cumplimiento de la promesa anula la confianza (ya que ésta opera como una metacognición relatada en términos de expectativa del cumplimiento de lo prometido). La más elemental de las promesas de la realidad construida socialmente no es otra que la satisfacción de la necesidad de control y dominio del entorno que cualquier humano requiere para ser y estar en el mundo.

Indiscutiblemente, estas afirmaciones requieren una explicación, mucho más extensa de la que puedo entregar en este momento. Pero antes, les ruego me permitan abrir un paréntesis pues entiendo oportuno lanzar una advertencia: lejos de entender el control y dominio del entorno en términos de dominación o sometimiento -del mundo- se debe entender en términos de pertenencia -al mundo-. Al fin y al cabo, humano deriva de *humus* (tierra) y *anus* (procedencia o pertenencia). Humano no significa otra cosa que procede o pertenece a la tierra. Hay unos humanos que lo tienen más claro que otros. En el viaje a los recuerdos, mi memoria recupera ese momento en que, junto a Mildred Paredes, nos propusimos la tarea de traducir y adaptar el Cuestionario de Representación Organizacional al quechua. Ocurrió hace dos décadas y ocurrió que el indicador planificar referido a *cómo se proyectan de antemano los objetivos, procedimientos, fases y presupuestos de las acciones*, no tenía correspondencia en el idioma andino. Los habitantes de Pampacocha, Miramar, Queral o Cajabamba Alta no conjugaban este verbo, no tenía sentido toda vez que los tiempos y ritmos de la tierra designaban lo que debería ser, y lo que se debe hacer en cada momento. Cierro el paréntesis y explico (o lo intento).

Cuando me refiero a realidad, me refiero a la realidad social expresada en las múltiples y diferentes culturas instaladas a lo largo del planeta. Es **una realidad con sentido: la cultura existe para satisfacer las necesidades biológicas, psicológicas y sociales del individuo**. Es la tesis central de Malinowski. Siendo así, cabría suponer que todo ser humano espera de su entorno cultural el cumplimiento de su función: satisfacer las necesidades individuales y sociales.

Eso no es todo, si la cultura existe es porque algo o alguien la ha engendrado, no podemos obviar su origen. La cultura es una construcción humana. La realidad social es **una realidad socialmente construida**, encargada de aportar estabilidad y dirección al comportamiento humano. Es la tesis central de Berger y Luckmann. Siendo así, cabría suponer que todo ser humano pedirá cuentas a quienes representan al orden social del cumplimiento de su función: satisfacer las necesidades individuales y sociales (sea quien sea el que lo representa en función de las múltiples y variadas manifestaciones culturales).

Y si alguien la ha engendrado, algún motivo habrá. Las razones que motivan la construcción de la realidad social responden a un impulso de claridad cognitiva, de reducir la ambigüedad y vencer la incertidumbre. **La ambigüedad es la fuente de la vida social**. Los otros nos proveen esos marcos de referencia que nos permiten reducir la ambigüedad para paliar la ansiedad y disponer de control sobre los acontecimientos futuros. Es la tesis de Schachter. Siendo así, cabe suponer que todo ser humano espere que su entorno cultural proporcione la información suficiente para entender el mundo y poder tomar decisiones con unos resultados predecibles.

La tesis de Malinowski, junto a la de Berger y Luckmann y las de Schachter bien pueden complementarse, pudiéndose redefinir así: **el ser humano construye la cultura para disponer de guías de conducta que le permitan reducir la incertidumbre y tener control sobre su vida**, es condición *sine qua non* para satisfacer sus necesidades como individuo y como grupo.

Las personas, en el momento que entran en relación con otras, crean una estructura de vínculos y relaciones en la que interactúan, se influyen y son interdependientes; canalizan sus necesidades individuales y colectivas; crean un sistema, una forma de orden, una forma de organización. Cuando esta forma de orden se transforma en un modo de pensar, sentir y actuar, que es consensuado y aceptado, se interpreta como acertado y correcto, y se comparte, estamos construyendo la realidad social. Es la manera en que la realidad subjetiva, creada inter-subjetivamente, se transforma en realidad objetiva.

A veces, quizás demasiadas veces, la realidad socialmente construida pierde su sentido, no permite que las personas tengan control sobre sus vidas, el orden social controla a las personas. En el mejor de estos casos, aunque las personas

logren satisfacer sus necesidades de supervivencia, queda desterrada la oportunidad de existir en un mundo de posibilidades.

Algunas veces la realidad social pierde su sentido porque se reifica (cosifica) como realidad natural, transformando en cosa tanto al individuo como sus relaciones. Ocurre cuando olvidamos que la realidad social es una construcción humana y derogamos cualquier posibilidad de cambio y mejora.

En otras ocasiones, la realidad social pierde su sentido porque se ha instituido, legitimado e impuesto una jerarquía. Jerarquía en el sentido etimológico del término: *arché* (ἀρχή) como una orden, un mandato o gobierno emanado del máximo escalafón y *hierós* (ἱερός) como sagrado, digno o merecedor de respeto, estimación o veneración. De esta forma, obedecer al mandato sagrado representa una opción a la que no se puede o se debe renunciar.

Y en determinados casos, la realidad pierde su sentido porque directamente la realidad social es un producto del discurso ajeno a los actos con significado que los individuos han aprendido socialmente a reconocer, repetir y afianzar en el elenco de esas conductas que les proveen de bienestar.

Estas situaciones donde la realidad pierde su sentido no son excluyentes, más bien se encuentran habitualmente caminando de la mano y quedan armonizadas en una melodía que incluso nos gusta escuchar bajo el palio de la seguridad, aun a costa de perder libertad.

Incertidumbre y diferencias individuales

Obviamente, no todas las personas experimentan de la misma forma la pérdida del sentido de la realidad, la percepción de falta de control, ni toleran de igual manera la incertidumbre. Si parece evidente que todas las personas necesitan control, algunas, además, desean ser ellas mismas la fuente de control.

Recuperando el espacio de los recuerdos, mi memoria accede a dos conceptos tomados de Seligman y redefinidos, con Noemí Martín y José Manuel Hernández, en torno al constructo de control: predictibilidad y controlabilidad. Ambos términos hacen referencia a la probabilidad de ocurrencia de un evento en función de la presencia de un estímulo, evento o situación determinada. Ahora bien, en la predictibilidad (entendida como la posibilidad de anticipar la asociación entre estímulos), la acción humana es irrelevante. Es decir, un estímulo se asocia a la ocurrencia de un evento con independencia de la acción humana. En cambio, en la controlabilidad (entendida como la influencia percibida del individuo en cuanto a la eficacia de sus comportamientos), la acción humana es determinante. Es decir, la ocurrencia del evento es contingente a la respuesta humana. De forma más precisa, diferenciamos entre deseo y necesidad de control. El deseo de control, asociado a la controlabilidad, hace referencia a las diferencias individuales en la

motivación para lograr que los acontecimientos que suceden en nuestra vida sean contingentes con nuestras acciones. Por el contrario, la necesidad de control queda asociada a la predictibilidad, y hace referencia al impulso por reducir la incertidumbre ante acontecimientos futuros. Esta redefinición se acredita con una serie de experimentos que perseguían comprobar el efecto potencial de la superstición, entendida como una relación de causalidad entre ciertos estímulos, sucesos o situaciones y ciertos resultados absolutamente ajenos a ellos. La superstición representa una estrategia útil para aumentar la percepción de control para quienes no desean ser ellos mismos la fuente de control. La superstición les aporta control porque establece una asociación entre estímulos que posibilita la predicción del resultado. Esta asociación (condicionada) aporta confianza (metacognición), certidumbre (se presenta institucionalizada y legitimada dentro de un orden social) y afecta positivamente en el rendimiento. En el caso de las personas que desean que los eventos estén determinados por su conducta, la superstición no adopta ese papel estratégico. Es más, la superstición actúa haciéndoles perder su percepción de controlabilidad, ya que no son ellos quienes determinan el resultado, y reduce su rendimiento. Anecdóticamente, diré que la manipulación de la creencia y conducta supersticiosa se inspiró una producción cinematográfica, no especialmente alabada por la crítica, rodada en Perú: *Indiana Jones y el reino de la calavera de cristal*.

La realidad social tiene un sentido; perder ese sentido significa no responder a su propósito. Cuando el sentido de la realidad se manipula para controlar a las personas, podemos hablar de una realidad decepcionada. Entonces, cuando la realidad pierde su sentido, se transforma en una realidad decepcionada.

Crear, comunicar y creer

Abusando de la licencia literaria, se podría usar la metáfora de que Berger y Luckmann relatan la construcción de la realidad social a través de la conjugación de tres verbos: crear, comunicar y creer. Durante un viaje por terrenos inexplorados, los pioneros ejecutan acciones que culminan en la **creación** de la información cartográfica necesaria para conocer, moverse, sobrevivir y disfrutar del territorio donde se han decidido asentar. Estos pioneros elaboran historias que explican y justifican la configuración del territorio, historias que luego **comunican** a los nuevos pobladores para que **crean** en ellas.

Gracias a este viaje, se puede afirmar que la realidad social, tal y como la conocemos hoy, no es más que una historia que hemos creado y nos hemos creído. Es la narrativa de cómo nos tenemos que comportar, estableciendo normas; de cómo organizar y relacionarnos, generando una estructura de roles; y de cómo debemos comprender nuestro mundo, asumiendo creencias y valores.

Parte de esta historia la hemos creado repitiendo acciones que han resultado altamente efectivas y, por eso, nos la hemos creído. Otra parte, cada vez más, la hemos construido sobre relatos que alguien ha inventado y nos ha convencido —persuadido— para que los aceptemos y los internalicemos. Ambas formas pueden ser utilizadas para influir en nuestra conducta; cualquier historia puede convertirse en una decepción que es al mismo tiempo constituida, constituyente y seductora.

Se puede decir que el Holocausto marcó un antes y un después en los modelos sociológicos. Representó un hito en la transición de la modernidad a un modelo posterior que algunos conciben como posmodernidad, mientras que otros lo consideran una forma de modernidad más compleja y avanzada.

En el modelo sociológico denominado modernista, la realidad decepcionada se concibe principalmente como el fruto de una realidad previamente constituida. Constituida sobre la base de la razón. En los modelos sociológicos posteriores, la realidad decepcionada se concibe más bien como el fruto de una realidad constituyente, que opera bajo el paraguas de la seducción.

Por un lado, la posmodernidad se caracteriza por ser constituyente de múltiples realidades carentes de verdad y razón. En este contexto, para el pensamiento posmoderno no existe una verdad única ni una razón universal, ya que cada individuo posee su propia verdad y razón, las cuales son arbitrarias y varían según el caso. Si no hay verdad absoluta, entonces no puede haber engaño; por lo tanto, la realidad se considera una ficción.

Por otro lado, la realidad decepcionada también se presenta como una realidad seducida. Esta realidad seducida se basa en una estrategia fundamental: los miembros de esa sociedad deben creerse el engaño, convencidos de sus bondades. Lo que no deja de ser una consecuencia de la sociedad constituida, caracterizada porque las personas creen haberse liberado del control que ejerce la realidad social sobre ellos, cuando en realidad solo han cambiado y se han vuelto más invisibles los orígenes del control. Diversas nomenclaturas han sido utilizadas para describir este fenómeno, incluyendo modernidad líquida (Bauman), modernidad tardía (Giddens), sobremodernidad (Augé) o hipermodernidad (Lipovetsky). Todas estas etiquetas sugieren que no estamos ante un cambio radical de época, sino más bien ante una radicalización de las características de la modernidad, referidas al carácter transitorio, fugitivo y contingente que asumía la vida en la segunda mitad del siglo XIX, tal y como lo reflejó Baudelaire.

En resumen, la realidad social es una realidad con sentido que puede perder su sentido y resultar decepcionante. Esta pérdida de sentido puede ocurrir por varios motivos y en función del modelo sociológico vigente. A veces, incluso, deja de satisfacer las necesidades individuales y sociales cuando estamos convencidos de lo contrario. Pongamos algunos ejemplos de esos oxímoron que mencionaba al

comienzo del discurso: la locura de la razón, el psicoticismo de la virtud, la presencia de lo ausente, y una última reflexión sobre la sociedad seducida.

La locura de la razón

La Facultad de Medicina de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid organizó en 2012 unas jornadas tituladas *Cuando la medicina no cura. La participación del personal sanitario en genocidios y crímenes contra la humanidad: reflexiones éticas*. Deliberar sobre los actos crueles y ofrecer a los asistentes alguna reflexión desde el punto de vista psicosocial fue una ocasión que propició el primer oxímoron explicativo: la locura de la razón. La locura no es un término especialmente académico, pero todo el mundo lo entiende. Según la RAE, *locura es un trastorno o perturbación de las facultades mentales o un conjunto de acciones imprudente, insensatas o poco razonables realizadas de forma irreflexiva o temeraria*. Esta locura, o pérdida de razón, está en la base de las explicaciones científicas de los actos crueles, genocidios y crímenes contra la humanidad. Desde un enfoque psicológico, los actos crueles los cometen personas ‘locas’ o con ciertos rasgos peculiares de la personalidad, como la personalidad autoritaria que describiera Adorno. No los cometen las personas ‘normales’ con conductas ‘normales’ que actúan bajo los designios de la razón. Desde un enfoque sociológico, los actos crueles los comete una horda ‘irracional’ o son frutos de ciertas condiciones sociales excluyentes, por ejemplo, en la psicología de las masas que propuso Le Bon. Las personas decentes pueden cometer actos indecentes cuando se rompe el orden social. Es decir, cuando se rompen las normas racionales, civilizadas y habituales en la interacción humana. Si se mantiene el orden social racionalmente establecido no hay lugar para los actos crueles. Ambas explicaciones nos gustan, son complacientes. Dado que somos personas ‘normales’ y respetamos el orden social, los actos crueles siempre los realizan otros. No puede existir ambigüedad sobre nuestra integridad moral. Cualquier duda sobre ella amenaza la satisfacción de la necesidad de seguridad y atenta contra la percepción de control que las personas desean tener sobre su entorno. La moral guía nuestras conductas por el camino socialmente deseable. Esto es, de acuerdo al orden social.

Sin embargo, el sueño de la razón produce monstruos, así bautizó Goya uno de sus aguafuertes más famosos de la serie *Los caprichos*. El capricho se erigió en el deseo de encontrar una explicación alternativa. ¿Qué tal si a las tesis de Malinowski, Berger y Luckmann, y Schachter le añadimos el ingrediente de la obediencia a la autoridad de Milgram? Incorporamos el Holocausto como telón de fondo, hacemos aparecer en escena a Adolf Eichmann como protagonista de los actos planificados en la Solución Final, declamando el argumento fundamental que esgrimió en el juicio celebrado en Jerusalén en 1961: *Yo solo obedecía órdenes*. Entonces, entenderemos la frase de MacDonald en alusión al holocausto: *Debemos tener más miedo a la persona que obedece la ley que a quien la viola* y comprenderemos que los actos crueles no los cometieron personas locas o una

horda irracional, sino personas normales con conductas normales, racionalmente organizadas como estado. En la historia de la humanidad no se ha encontrado mayor locura que la de la razón. Es la historia que hemos creado y nos hemos creído para tipificar, normalizar, legitimar y asentar en la consciencia una cultura de violencia.

El psicoticismo de la virtud

Un año más tarde, la misma Universidad organizó un curso de verano titulado *Memoria y dolor: la extraña pareja*. Solicitaron mi participación con la intención de ampliar el concepto de locura de la razón mediante una ponencia que tratara sobre la experimentación social y el dolor colectivo. Me pareció un buen momento para presentar dos ideas que me venían rondando la cabeza: el psicoticismo de la virtud y la presencia de lo ausente.

Si bien el psicoticismo corresponde a un patrón de personalidad relacionado con conductas agresivas, hostiles y crueles, al recordar la locura de la razón se puede cuestionar si estas conductas derivan exclusivamente de ese patrón de personalidad. En 2011, el Daily News publicó una escalofriante noticia: Kathia Koren, una joven musulmana, fue lapidada hasta la muerte por haber participado en un concurso de belleza. La barbarie fue cometida por tres adolescentes musulmanes que condenaron a Kathia por haber infringido la ley de la Sharia (el conjunto de normas que rigen la vida y los comportamientos de los musulmanes). Los adolescentes que lapidaron a Kathia, al igual que Eichmann en la Solución Final, no se percibían a sí mismos como delincuentes ni crueles, sino como justos y virtuosos. La virtud, que no deja de ser un término denostado en los tiempos que corren, es la traducción conductual del valor, de la norma. Es virtuoso quien se comporta siguiendo la guía establecida por el orden social. En definitiva, el acto de crueldad se transforma en un acto de virtud cuando se ejecuta en honor a la justicia, valorando al protagonista del acto como virtuoso.

Seguramente, si añadimos a la ecuación Malinowski, Berger y Luckmann, Schachter y Milgran, las aportaciones del grupo de investigación encabezado por Tajfel, sobre las relaciones intergrupales, se puede comprender este fenómeno. Admitiendo que el orden social que orienta y dirige el comportamiento de las personas no es universal, como construcción humana, cada grupo humano construye su propio sistema y lo protege. El mero hecho de pertenecer a un grupo o a una categoría social desencadena una serie de conductas. Entre ellas, las personas se identifican con un grupo de referencia (autocategorización) que actúa como guía de acción, de actitud y valores, al que favorecen mientras discriminan a otros grupos (favoritismo endogrupal y discriminación exogrupal). Esto puede llevar a una visión maquina del mundo, dividiéndolo entre el 'nosotros' (superiores y buenos) y los 'otros' (inferiores y malos), lo que incrementa la identidad social con y del grupo. En definitiva, el orden social contribuye a satisfacer una valoración

positiva de uno mismo y de los míos. Así, en la historia de la humanidad no se ha encontrado mayor crueldad que la ejercida en nombre de la virtud. Es la historia que hemos creado y nos hemos creído para tipificar, normalizar, legitimar y asentar la leyenda de héroes virtuosos, en ocasiones genocidas, que han tenido la valentía de violar la paz a merced de la justicia.

La presencia de lo ausente

En un tiempo en que dediqué grandes esfuerzos a la prevención de los riesgos y la promoción de la salud en el ámbito laboral, me encontraba en la zona minera del Bierzo. Un minero que había perdido un brazo en un accidente laboral me confesó, en alusión a su miembro fantasma: *Me duele lo que me falta*. Esta confesión, aunque anecdótica en ese momento, resultó ser inspiradora tiempo después. Me permito incorporar a la ecuación escrita por autores consagrados mi modesta contribución como investigador.

En el desarrollo de mi tesis doctoral, que versaba sobre la organización como representación social y retomaba el modelo de representación social de Moscovici bajo el neologismo de representación organizacional, uno de los resultados más llamativos reveló cómo los elementos de la representación organizacional vinculados a la insatisfacción eran concurrentes con aquellos que no estaban presentes. En términos materiales, la no ocurrencia de los hechos puede significar la ausencia de los mismos. En términos psicosociales, la no ocurrencia de tales procesos, en este caso al menos, no determinó su ausencia, sino su fuerte presencia en la imagen que habían construido los miembros de esa organización. Esta presencia se reafirmaba cada vez que su falta generaba altos niveles de insatisfacción y actuaba como la causa definitiva para tomar la decisión de abandonar la organización.

Los mismos resultados se observaron en el trabajo realizado con las comunidades andinas del Callejón de Huaylas. En estas comunidades campesinas de los Andes, los valores tradicionales que sustentaban la concepción de la comunidad han dado paso a otros que poco tienen que ver con las relaciones de reciprocidad y colectivismo o cooperativismo que antaño caracterizaban a una comunidad donde no existía el mercado. La voz traumada de las comunidades evoca sus formas típicas de acción: *ayni* (colaboración interesada que brinda una persona a su paisano o consanguíneo bajo la condición tácita de que el beneficiado le corresponda con igual cantidad de tiempo y en la misma clase de trabajo) y la *minka* o *minga* (tradicción precolombina de trabajo comunitario voluntario con fines de utilidad social o de carácter recíproco).

Por no mencionar el viaje al Cenepa, con Chinita, para explorar el suicidio en jóvenes niñas aguarunas. La ausencia puede impregnarse en la mente de las personas en forma de sueños deseados, libertades perdidas o emociones nostálgicas. Pero no es lo mismo recuperar 'lo que me falta' porque se ha perdido, que desear

'lo que me falta' cuando nunca se ha tenido. Para estas niñas, la presencia de lo ausente no era más que el sueño transferido por la acción de alguna ONG del norte de Europa. Personas que tenían razón y razones para argumentar el estado de pobreza de los awajún (al fin y al cabo, la pobreza es una realidad construida por comparación). Personas virtuosas que deseaban un mundo más justo y equitativo, aunque a imagen y semejanza del suyo. Personas que tenían, o creían tener, la cultura que los awajún podrían reproducir para alcanzar su nivel de bienestar, aunque quizás sería mejor decir su nivel de vida. Personas que, con su visión, destronaron y destrozaron la cosmovisión del aguaruna; anulaban la vinculación del grupo de pertenencia con el grupo de referencia. El mundo de estas personas se convirtió en el referente para el aguaruna que seguía perteneciendo a los aguarunas. 'Me duele lo que me falta', la presencia de lo ausente produce dolor, un dolor que llega a desgarrar el alma.

Un último resultado revelador dejó un halo de esperanza: en la comunidad de alpaqueros Cajabamba Alta no se observaron estos resultados. Al contrario, Cajabamba Alta había mantenido su identidad íntegra. Posiblemente, su aislamiento derivado de las dificultades de acceso es una explicación más que plausible para comprender las diferencias encontrados con las otras comunidades analizadas. En su caso, el aislamiento sustenta el bienestar.

La sociedad seducida

En palabras de Bauman: *La posmodernidad puede interpretarse como la modernidad enteramente desarrollada cuando se hizo manifiesto que los deseos de las instituciones modernistas para lograr claridad, unidad y universalismo fracasaron y, por el contrario, como producto no deliberado y no planificado, aparecieron los rasgos más notorios de la posmodernidad: pluralismo institucionalizado, diversidad, casualidad y ambivalencias.* Aún así, se mantiene el postulado de que el orden social es el encargado de aportar estabilidad y dirección al comportamiento de las personas. Sin embargo, es necesario incluir un segundo postulado: en la actualidad, el orden social ha perdido efectividad en cuanto ha dejado, en cierta medida, de aportar estabilidad y dirección al comportamiento.

Entonces, si el orden social que rige el devenir de la vida diaria está perdiendo su capacidad para guiar las conductas de las personas, se está provocando que la incertidumbre sea la característica fundamental del escenario social y el miedo su traducción psicológica. A falta de orden social, tenemos el relato. Las historias construidas sobre las acciones que han resultado efectivas para nuestro bienestar se han sustituido en gran medida por historias que alguien ha creado y nos ha convencido —persuadido— para que las creamos.

No está de más recordar esos modelos teóricos que afirman que la realidad de la sociedad no viene precedida de ningún individuo, consciencia o instinto.

La realidad social es creada única y exclusivamente por aquella unidad primordial en la que consisten los sistemas sociales: la comunicación. Así lo resumen los editores de la obra de Luckmann, *Conocimiento y sociedad*. De esta manera, se puede interpretar que la teoría de los sistemas sociales de Luhmann o la teoría del discurso de Burr se transforman en teorías generativas más que explicativas. Generativas en cuanto hay quienes han aprendido el procedimiento para que el individuo y la sociedad sean un producto del relato, gracias a los múltiples, sofisticados y omnipresentes canales que habilitan su comunicación.

Parece que la incertidumbre ha ganado la partida, el miedo se ha instalado y el engaño es el gran invitado a esta orgía de la comunicación. Siguiendo a Byung-Chul, la separación del poder público y el privado, junto a la revolución de la información (que genera sobreinformación, desinformación y sobredecepción), está activando una crisis del proceso democrático atribuible a los intentos de influir en el comportamiento y las decisiones conscientes de las personas. La sociedad ‘socialmente construida’ se convierte en una sociedad ‘socialmente seducida’.

Una vida con sentido

Y puede que sea un oxímoron en los tiempos que corren hablar de *eutopía*, un buen lugar donde vivir; pero quiero recordar y recordarme que el ejercicio de la Psicología se ordena hacia una finalidad humana y social, que puede expresarse en objetivos tales como el bienestar, la salud, la calidad de vida y la plenitud del desarrollo de las personas y de los grupos, en los distintos ámbitos de la vida individual y social. Así, lo decreta el *Código Deontológico del Psicólogo* redactado por el Consejo General de Colegios Oficiales de Psicólogos de España.

Entonces, ante el panorama anterior, mi futuro trabajo académico se seguirá orientando a las personas y a su bienestar. Y esto es posible gracias a Irene Coello, aquí presente, a la joven doctora Coello, mi íntima salvadora, quien me ha alentado intelectual y humanamente para ser persona antes que académico. El proyecto de investigación que presenté este mismo año en la Universidad Autónoma de Madrid, la universidad que me ha posibilitado desarrollar mi carrera académica y a la que también estoy agradecido, comenzaba así (me cito literalmente):

“El mundo está cambiando, las decisiones que tomemos hoy determinarán nuestro futuro, si tales decisiones nos permiten tener futuro. Decir que el mundo está cambiando significa que todo aquello que pertenece a la realidad se está transformando, se está creando un nuevo orden (cabe recordar que la primera etimología de mundo tiene que ver con lo ordenado, limpio y bello). Decir que el futuro del mundo está determinado por nuestras decisiones significa que la especie humana es quien lo está cambiando, es la responsable de este cambio. Advertir que nuestras decisiones nos permitirán, o no, tener futuro, significa que la transformación del mundo, con la intención de un supuesto desarrollo, puede tomar la

derivada de lo inhumano (que tiene que ver con lo sucio, asqueroso y sin razón de ser). Si no hay mundo no habrá futuro, ni desarrollo, ni vida (al menos humana). Entonces, que haya mundo y futuro y vida requiere de un tipo de desarrollo.

En 1987, la Comisión Brundtland de las Naciones Unidas (WCED, 1987) lo calificó como sostenible y lo definió como el tipo de desarrollo que permite *satisfacer las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas*. Estamos hablando de 1987, hace 36 años y desde entonces la situación se ha ido calentando hasta tal punto que esas generaciones futuras son ahora las presentes. No hemos hecho los deberes, los nacidos en 2023 se están encontrando serias dificultades para garantizar las capacidades que les permitan satisfacer sus necesidades.”

Si queremos una realidad con sentido necesitamos que las personas tengan una vida con sentido. Personas que guarden un hueco en su agenda para tener una cita consigo mismas y responder a preguntas como: ¿para qué me levanto cada mañana? ¿para qué voy a trabajar a la Universidad San Marcos? ¿por qué el mundo es mejor con mi existencia? ¿qué me hace único? ¿qué marca quiero dejar en el mundo? Mi marca, ¿será una huella o será una cicatriz? Desde que, junto a Irene Coello, dirijo el Máster en Coaching Profesional, nos animamos a hacer preguntas, pero no a dar las respuestas. Entonces, simple, llana pero contundentemente, les invito a vivir una vida con sentido.

Muchas gracias.